

modo que se hace con el diamante y los metales; este último medio produce resultados más perfectos. ¿Se trata de hacer láminas doradas? entonces no se mezcla el oro á las materias, sino que, cuando ésta sale del horno en fusión, se la cubre con hojas de oro, luego se vuelve á poner al fuego, y la adherencia es tal, que el oro no puede ya separarse. Tal es la formación del primer elemento del mosaico.

Falta la preparación de la cola, llamada por los italianos *lo stucco*, destinada para pegar entre sí todos aquellos pedazos de vidrio. Los antiguos, para hacerla, usaban de la cal viva con una mezcla de polvos de mármol, de agua común y de cáscara de huevo; pero la experiencia ha enseñado que esta composición era defectuosa. Aplicada en una capa que tiene la forma á propósito para recibir el mosaico, seca tan pronto, que no permite al obrero colocar su vidrio con la precisión conveniente. Los artistas cristianos han encontrado una composición mejor: toman una parte de cal viva, tres partes de polvo de mármol de Tivoli y una de otra especie; esta mezcla está humedecida con aceite de linaza, y todos los días se la remueve en un mortero con una cucharilla. Esta operación se renueva durante ocho, quince y aun veinte días, según la temperatura del lugar y de la estación. Hé aquí los signos que sirven para reconocer la fusión perfecta de todos los elementos: la pasta se infla y se eleva en forma de pirámide; durante este trabajo, el agua que quedaba en la cal viva se evapora y la pasta se endurecería, si no se tuviera cuidado de rociarla con aceite. Mientras hay todavía algunas partes acuosas, no tarda en manifestarse una nueva fermentación. Se rocía de nuevo hasta que la pasta queda fija y maleable, de tal suerte que extendiéndola no se endurece, sino que toma la consistencia de un unguento viscoso.

Hé ahí los elementos del mosaico preparado. Se les pone en obra del modo siguiente: se extiende una capa de cal sobre la pared que se quiere pintar; se pule perfectamente esta capa, en la cual se hacen de trecho en trecho, pequeños agujeros, para que el mosaico se adhiera más fuertemente. Se extiende la cola por toda la superficie, y se colocan, según el dibujo dado, las láminas de vidrio que deben formar el cuadro. Estas láminas, ó más bien clavos cuadrados, tienen dos ó tres pulgadas de longitud y algunas líneas de frente. Ocho pulgadas cuadradas de mosaico común, cuestan cerca de tres francos; el mosaico fino es mucho más caro, y un cuadro de este género, bien ejecutado, no tiene precio.

Al examinar en las iglesias de Roma sus numerosas obras maestras en mosaico, se advierten, sobre los vestidos de los personajes, ciertos caracteres alfabéticos, cuya explicación ha ocupado mucho á los sabios. Inútil trabajo; el enigma permanece aún, á no ser que digamos con Ciampini «que estos caracteres son signos personales del artista 1.»

Ha sido más feliz la ciencia en sus investigaciones acerca de los adornos que rodean la cabeza de las figuras principales. Las tradiciones y los monumentos de la historia sagrada y de la historia profana le han enseñado que la *auréola* cuadriforme indica un personaje vivo; que la *auréola* circular, símbolo de la perfección, es el atributo de los personajes muertos y el signo distintivo de la santidad, así como la *auréola* acompañada de rayos y de estrellas, es el adorno exclusivo de la Divinidad. El conocimiento de estos signos da la clave de ciertos cuadros misteriosos, con la cual se llega á descubrir el asunto de ellos y su época 2.

1 *Monim veter.*, t. 1, pág. 98-105.

2 Ved á Ciampini, *ibid* 106.

## 16 DE DICIEMBRE.

El Capitolio antiguo.—Templo de Júpiter.—Ciudadela.—Curia Calabra.—Roca Tarpeya.—Intermontium.—Tesoros.—Capitolio moderno.—Museo y galería.—Iglesia de Ara-Coeli.—Relación de Augusto.—Prisión Martina.

Impacientes por estudiar el corazón de la antigua Roma, suspendimos el curso de nuestras investigaciones en el cuartel de Monti, y conducidos por un guía inteligente, exploramos la región del Capitolio. En este nombre solemne, qué de recuerdos! No olvidaré en mi vida cierta especie de calosfrío que recorrió mi cuerpo, cuando por la primera vez vi aquellos lugares temibles, en donde durante tantos siglos, acabaron siempre por un desenlace sangriento, los duelos gigantescos de Roma y del mundo. Entrando por la calle de Ara-Coeli, tuvimos bien pronto en perspectiva la cresta elevada de la famosa montaña. Se sube á ésta sin trabajo por una rampa que conduce á la plataforma. Por todas partes se presentan los emblemas de la fuerza: al pié de las balaustradas de la rampa, dos leones egipcios de granito negro, los más bellos que se conocen, y sobre la escalera dos estatuas colosales de mármol pentélico, de Castor y de Pollux, colocados á un lado de sus caballos. Estas obras maestras de la escultura antigua, fueron halladas bajo Pio IV en el *Ghetto*, ó cuartel de los judíos. Dos columnas siguen después de las estatuas: la de la derecha al subir, es la columna miliaria que señalaba la primera milla en la vía Apiana, en cuyo lugar fué encontrada en 1584; la columna colocada á la izquierda fué hecha para servir de compañera á la primera.

Según nuestra costumbre, estudiamos

el Capitolio tal como era en otro tiempo y tal como es hoy. Por esto si hubiéramos venido á esos lugares hace dos mil años, hé aquí lo que se habría presentado á nuestros ojos: Delante de nosotros una montaña escarpada, rodeada de murallas ciclópeas y de torres inespugnables cuyo cimiento se ve todavía del lado del Forum: obra gigantesca formada con gruesos trozos de cantería de travertino sobrepuestos sin mezcla ó argamasa, como la bóveda del gran desagüe de Tarquino. A la izquierda, el templo tan santo y tan temible de Júpiter Capitolino; á la derecha la ciudadela de Roma y la Roca Tarpeya; en el medio el *Intermontium* ó el *Ara*; luego, bosque de encinas, en seguida espacio libre, pero siempre el asilo más inviolable de los romanos. Por toda la extensión del plano una multitud de *ediculos* ó pequeños templos, consagrados á numerosos ídolos que adoraba Roma; en fin, puertas de bronce, más indestructibles que las murallas, y que cerraban el temible recinto. El Capitolio era, pues, por excelencia, el corazón de Roma antigua, el santuario del mundo pagano, la ciudadela del despotismo y la fortaleza del infierno.

Por su riqueza, por su formidable nombre, por el dios á quien estaba consagrado el templo de Júpiter Capitolino, era el lugar más venerado del mundo antiguo; su forma era la de un paralelogramo de doscientos piés de largo por noventa de ancho, rodeado en tres lados por una soberbia columnata de mármol. Su fachada, vuelta al Sureste, se componía de un peristilo, en el cual una triple hilera de columnas sostenía un frontis majestuoso, coronado de estatuas de bronce dorado y terminado por un carro de cuatro caballos igualmente de bronce. Las columnatas laterales formaban cada una un pórtico

1 *Capitolii arcem ne magnis quidem exercitibus expug. nabilem. Tacit. Hist. lib. III.*

co de doble hilera 1. Sobre la puerta reinaba una larga serie de escudos dorados, entre los cuales se admiraba el escudo de oro de Asdrubal, soberbio trofeo arrebatado por Marcio, el vengador de los Escipiones en España. De las columnas y de los frisos del peristilo principal, pendían trofeos militares; éstos eran las armas de los generales enemigos, hachas mortíferas, escudos rotos á golpes, insignias de todas naciones, espadas enmohecidas por la sangre. Allí se veían proas de navíos cartagineses; más léjos cascós galos, la temible espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Epirotas, los conos erizados de los Ligurios, los gesos 2 de los habitantes de los Alpes y otras mil cosas también. Por su aspecto, aquel imponente edificio daba á conocer el templo orgulloso, desde donde el pueblo romano lanzaba el rayo, mientras que, por los despojos suspendidos en su arquitectura, parecía ser el bazar de la victoria. Este templo tenía sus gradas de mármol, sus puertas de bronce 3. El interior correspondía dignamente al exterior, y se dividía en tres naves que formaban como tres templos, que tenían lados comunes; porque aunque el Capitolio fué especialmente consagrado á Júpiter, se honraba allí también á Juno, reina, y á Minerva. Júpiter ocupaba la nave de en medio. Juno la de la izquierda y Minerva la de la derecha; el padre de los dioses se encontraba así entre su madre y su hija. Dentro del templo estaba un lugar sagrado en que se guardaban los libros sibylinos. El santuario de Júpiter tenía, como el templo exterior, un frontis coronado con un carro de cuatro caballos. Su bóveda era dorada y su pavimento de mosaico; el dios estaba sen-

1 Tit Liv., X. 23—Plin. XXXV. 12.

2 Especie de dardos.—N. del T.

3 Ved Donati, Roma vetus de recenes. lib. II. c. 5.

tado con una corona de oro con rayos, adornando su cabeza, y tenía el rostro pintado con vermellon; un traje talar de púrpura formaba su vestido; en su mano izquierda tenía una lanza á guisa de cetro y en la derecha un rayo de oro 1.

En ese formidable templo, en aquella especie de la tierra, en esa primera morada de Júpiter, despues del cielo, 2 según la expresion de los romanos, iban los generales á dirigir sus preces á la divinidad, ántes de partir á los combates, y sus acciones de gracias despues de sus victorias; en aquel templo se disputaban los pueblos extranjeros el honor de ofrecer suntuosos sacrificios, y á él se consagraron los despojos teñidos en sangre de otras naciones. Añadiremos que este vasto edificio estaba enteramente cubierto con tejas de bronce dorado, con excepcion de la cúpula que no tenía más bóveda que el cielo.

Como para servir de cortejo al señor de los dioses, se veían ordenadas al rededor del templo las estatuas de los principales habitantes del Olimpo y de los grandes personajes de Roma. Allí estaba el famoso Hércules de cobre, tomado en la ciudadela de Tarento y consagrado por Fábio Máximo; el Apolo traído de Oriente por Lúpulo y cuya altura era de cuarenta piés; dos Júpiter, el uno en bronce, de altura colosal, fabricado con los cascós y corazas de los Samnitas vencidos por Spurio Servilio; el otro, más grande que el primero, levantado por órden de los arúspices para calmar á los dioses irritados por las guerras civiles; la estatua ecuestre, en bronce dorado, de Scipion el Africano; victorias de oro cargadas de trofeos y un grupo igualmente de oro representando á Jugurtha, entregado á Sylla por Boco; las

1 Plin XXIII, 7.

2 Tit Liv. XXXVI. 35—XLIV, 14.—XLV. 13, 14.

siete estatuas en bronce de los antiguos reyes de Roma y otras muchas 1.

En la extremidad opuesta del Capitolio se elevaba sobre una roca escarpada, la ciudadela de Roma, con el templo de Juno *Moneta*. Ocupaba el lugar de la casa de Manlio, y encerraba el taller de las monedas y los archivos en que se guardaban, en libros de tela, los viejos anales del pueblo romano 2. La roca Tarpeya servía de base á la ciudad. Esta es una roca tallada á pico, que ántes de haberse reunido en su base los montones de tierra por las corrientes de agua, podía contar ciento setenta piés de altura; bañada por el Tíber, formaba un precipicio espantoso, erizado por todas partes de agudas puntas que desgarraban los cuerpos y los arrojaban á lo léjos. Se la habia elegido para las ejecuciones, para no tener necesidad de precipitar dos veces á los criminales 3.

Hoy la roca Tarpeya nada tiene de amenazadora. Las casas arrimadas á la montaña, cubren en parte sus aberturas; el Tíber no baña ya su base, y en el vértice encontramos un jardín que cultivaba bastante mal una compañía de magníficas gallinas, aunque no vimos un solo ganso.

No léjos del templo de Juno estaba la *Curia Calabra*, especie de palacio en donde el gran sacerdote convocaba al pueblo para indicarle que llegaba el tiempo de *Nonas*. Entre la ciudadela y el templo de Júpiter, se hallaba el *Intermontium*, bosquecillo de encinas, del cual hizo Rómulo un asilo inviolable, con el fin de atraer habitantes á su ciudad nueva; en el centro de este bosque se elevaba el pequeño templo de *Vejovis* ó de Júpiter niño 4.

1 Véase á Donati, lib. II. c. 5; y á Roma en el siglo de Augusto t. 1. pág. 243, etc.

2 Tit. Liv. IV, 7, 13 20.

3 Senec. *Controv.* I, 3.

4 Ovid. *Fast.* III, v. 430.

Detras del *Intermontium* estaba el *Fabularium*. Este era un vasto depósito de archivos, con pórticos y arcos de gran solidez. Se conservaban allí las tablas de bronce sobre las cuales el pueblo romano, que parecía tener el instinto de su inmortalidad, grababa majestuosamente sus tratados antiguos y nuevos, con las naciones extranjeras, así como también sus propias leyes. Estas actas, colocadas como lo estaban en aquel lugar, se hacían más respetables, consagradas como estaban con la garantía de los dioses 1. Vespasiano, una vez que llegó á ser emperador, puso el mayor cuidado en aquellos monumentos, y mandó restaurar más de tres mil, maltratados por el incendio del Capitolio 2.

Dos caminos bajaban del Capitolio al Forum; el uno se llamaba el *Clivus Capitolinus*, el otro el *Clivus sacer* ó *Ascensus ad asilum*, subida al asilo. Abajo del primero, que partía de la ciudadela, se hallaba el templo de Saturno; este era el Tesoro general del imperio; se dividía en muchos tesoros particulares, entre los cuales figuraban en primera línea, el tesoro del *botin* y el tesoro *galo*. En el primero, el más rico de todos, estaban acumulados los despojos de todo género conquistados al mundo entero, y que habian sido ornamento de tantos triunfos 3. El segundo nos infundía un noble orgullo. Tal era el terror que nuestros abuelos inspiraban á los romanos, que la valerosa república estaba siempre alerta; y para no ser sorprendida de nuevo, habia establecido un tesoro especial, al cual bajo pena de execraciones públicas, estaba prohibido tocar, á ménos que no fuese para una guerra contra nuestra nacion 4.

1 Josephe, *Antiq. judaic.* XIV, 17.

2 Suet. *in Vesp.*

3 Cicer. *in Verr.* lib. 21.

4 Appiano, *de Bello civil.* II pág. 744.

A la izquierda del templo de Saturno, se elevaba el templo de *Júpiter Tonante*. Se dice que Augusto, al volver de España, vió á uno de sus esclavos que fué muerto á su lado por un rayo. En memoria de la proteccion de que habia sido objeto, consagró aquel templo al señor del rayo. Algunos pasos más léjos, por la derecha, comenzaba el *Clivus sacer*, segundo camino que comunica del Forum al Capitolio: Allí estaban las gradas de las *Geminas*. Seguimos este camino tantas veces inundado de sangre, y continuando hasta el vértice de la colina, nos encontramos en el *Intermontium*; habiamos dado la vuelta al antiguo Capitolio. Vueltos á nuestro punto de partida, comenzamos un segundo viaje con objeto de estudiar el Capitolio tal como es hoy.

El cristianismo pasó por el mundo, y la majestad romana se inclinó ante él. El templo de Júpiter, las colosales estatuas de los dioses y de los héroes, aquellos millares de tablas de bronce, cartas de servidumbre de las naciones, la ciudadela de muros gigantescos, todo ello ya no existe. Léjos de helar de terror la vista del Capitolio, solo produce en el viajero ideas risueñas, nobles inspiraciones y saludables lecciones. En medio de la esplanada que sustituye al *Intermontium*, se presenta la bella estatua de Marco-Aurelio, único bronce antiguo que ha quedado de aquel género. Detras, en la plaza misma del *Tabularium*, se levanta el palacio senatorial, coronado por una torre con una gran cruz. Esta no es una figura retórica, me decia yo al ver aquel signo vencedor; es que realmente la cruz del Calvario brilla en la cima del Capitolio. ¿Cómo no creer, cuando se tiene á la vista el mayor de los milagros?

Rodeando la plataforma, teneis á la izquierda el Museo, en el cual se conservan una multitud de obras maestras y de mo-

numentos del mayor interes. Allí se encuentran las estatuas colosales de Minerva, de Cybeles y del Océano. En la sala de las inscripciones están arregladas al rededor de las paredes, ciento veintidos inscripciones imperiales ó consulares, que ofrecen una série cronológica desde Tiberio hasta Teodosio. En las paredes de la gran escalera, están incrustados los famosos fragmentos del plano en mármol de la antigua Roma, encontrados en las ruinas del templo de Remo, sobre la Vía-Sacra. Las salas están llenas de jarrones antiguos, de estatuas de bronce, de mármol, de pórfido, de exquisito trabajo y bien conservados. Mencionaré, sobre todo, la del gladiador moribundo, y los bustos de Marco Aurelio y de Adriano.

A la derecha está la Pinacoteca, museo y galería á la vez. Bajo el pórtico del patio vimos la estatua de Julio César, que se tiene por único retrato reconocido que existe en Roma; la de Augusto, que pisa una proa de navío, alusion á la batalla de Actium; en fin, numerosos despojos de estatuas colosales, cuya altura traté de calcular tomando por base el dedo pequeño del pié, perfectamente conservado, y de este modo me pareció ver levantar á gigantes de setenta piés de altura. Esta medida es conforme al testimonio de la historia. Subiendo la escalera, se encuentra á la izquierda un fragmento de la inscripcion honoraria de Cayo Duilio, que alcanzó la primera batalla naval sobre los Cartagineses el año de Roma 492. En medio de la gran sala, está la famosa loba de bronce que alimenta á Rómulo y á Remo. En la tercera antecámara observamos, con un vivo movimiento de curiosidad, muchos fragmentos de mármol incrustados en la pared, sobre los cuales están escritos los célebres fastos consulares, conocidos bajo el nombre de *Fasti Capitolini*, y que llegan hasta Augusto. De todos los

cuadros de la galería, el más notable es la *Sibyla* del Guericchino.

Despues de haber visitado todas aquellas maravillas del arte antiguo y moderno, atravesamos de nuevo la plataforma y subimos al lugar del templo de Júpiter Capitolino 1. Una iglesia cristiana, dedicada á María, se eleva sobre las ruinas del santuario consagrado al jefe de los de monios adorados en Roma; esta es la iglesia tan venerable y tan aislada de *Ara-Cœli*. Por su posicion, domina la Ciudad Eterna, y anuncia que el cetr del mundo ha cambiado de manos. Llevado en otro tiempo por el demonio, cruel, impuro y sanguinario enemigo del género humano, es hoy herencia de una Virgen dulce, pura y clemente, hija del hombre y madre de Dios, refugio de los pecadores y reina de los ángeles. Si los despojos de las naciones suspendidos en el templo de Júpiter, habian dado nombre á aquel edificio, llamándole el bazar de la victoria, por la misma razon la iglesia de *Ara-Cœli* merece este glorioso título.

Vencedores en todo Júpiter y César, aparecen aquí vencidos. El señor del Olimpo, está obligado á ceder el lugar á María, y César suministra los adornos de su templo. La iglesia, que es de tres naves, está sostenida por veintidos columnas, que son otros tantos despojos tomados de todas partes en los templos y en los palacios de la antigua Roma. La segunda nave, á la izquierda, viene de los departamentos íntimos de los emperadores: *Ecubicolo Avgg.* A vista de aquellas columnas de órdenes diferentes, unas acanaladas, otras redondas, unas sin pedestal, otras sin capiteles, se ve uno inclinado á acusar el buen gusto del arquitecto; pero pensando un poco, se des-

1 Segun Donati, aquel era el lugar del templo de Júpiter *Feretriense*: como quiera que sea, hay un templo de María, edificado en la cima del Capitolio, sobre las ruinas de un templo de Júpiter.

cubre en aquel aparente desorden un efecto de arte y un pensamiento profundo: el cristianismo ha querido demostrar la universalidad de su triunfo. Con el mismo objeto se ha tenido cuidado en enriquecer con diversos trofeos aquella iglesia monumental: una inscripcion colocada arriba de la puerta de la entrada, recuerda que el templo de María ha sido dorado con el oro tomado á los turcos en la famosa batalla de Lepanto. Así, por sus despojos, los dos más terribles enemigos del mundo cristiano, el paganismo y el islamismo, hacen todavía de *Ara-Cœli* el bazar de la victoria.

Avanzando hácia el santuario, se ven brillar dos inscripciones en grandes letras de oro. Poco notables y ménos estudiadas por los viajeros, picaron vivamente nuestra curiosidad. La primera recuerda un milagro célebre en la historia de Roma cristiana; la segunda, una revelacion famosa que dicese haberse hecho á Augusto. En la bóveda de la iglesia, y en direccion del altar mayor, están grabadas estas palabras: *Regina Cœli, lætare, alleluia*. ¿Qué es lo que dicen? En el siglo VI una peste horrible desolaba á Roma. San Gregorio Magno, que gobernaba entonces la Iglesia, llamó al pueblo á la penitencia. Se mandó convocar á una procesion general para la mañana del dia de Pascua del año 596. El pontífice se trasladó á *Ara-Cœli*, tomó en sus manos la imágen de María, que se dice haber sido pintada por San Lucas, 1 y se puso la procesion en marcha *septiforme* para dirigirse á San Pedro. Al pasar delante del muelle de Adriano, se oyen de repente en los aires voces celestes que cantan: *Regina cœli, lætare, alleluia; quia quem meruiste portare alleluia; resurrexit sicut dixit alleluia*. El pontífice, admirado, responde con todo el pueblo: *Ora pro nobis, Deum, alleluia*. Al mismo tiempo se ve á

1 Ferraris, *Biblioth. art. Imágenes*.